

Ignacio del Río

*A la diestra mano de las Indias  
Descubrimiento y ocupación colonial  
de la Baja California*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1990

112 p.

(Serie Historia Novohispana, 42)

ISBN 968-36-1365-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de noviembre de 2016

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diestra\\_indias/colonial.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diestra_indias/colonial.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## ESTE RELATO FUE ESCRITO

hace ya varios años. Debió formar parte de un libro mayor, concebido como un estudio amplio sobre la organización misional jesuítica en la península de California. El estudio terminó por crecer más allá de lo previsto, al punto de que me fue necesario tratar separadamente tres aspectos fundamentales de él: el de los antecedentes de la entrada jesuítica a California, el del proceso político y económico que se dio allí bajo el régimen de excepción de los padres ignacianos y el del impacto que las fundaciones misionales tuvieron sobre la población aborigen peninsular.

A este último aspecto se refiere un libro mío que, en los momentos en que redacto estas notas, se encuentra a punto de salir de prensas y que es editado por la Universidad Nacional Autónoma de México. Su título es *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*. \* El texto que aquí publico versa sobre el descubrimiento de California y los antecedentes de la penetración misionera en la península. Más adelante —espero que no pase mucho tiempo para ello— tendré lista para su publicación la parte del estudio referida al gobierno político y la economía de la Antigua California en tiempos de la administración jesuítica.

Lo que el lector tiene en sus manos es un relato sencillo en su forma y estructura, que reproduce básicamente la secuencia cronológica de los hechos descritos. No me cohibe en lo más mínimo llamarlo relato ni reconocer que su estilo es llano, fácil, y que en muy amplia medida su contenido es descriptivo. Pero que se trate esencialmente de un relato no implica que el texto sea ajeno al interés de proponer una explicación de los hechos —o, más bien, procesos— que refiere. Yo tengo para mí que el historiador narra para poder explicar y que sin la referencia al acontecer fáctico queda en el aire y aun se torna engañosa toda intención explicativa.

\* Dicha obra fue publicada en 1984 por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.



Reivindicar expresamente el recurso del relato y la descripción para el efecto de “historiar” un proceso dado no es en modo alguno ocioso. Antes bien, hacerlo parece muy necesario en estos tiempos en que, como una reacción extrema y un poco tardía ante el positivismo histórico decimonónico, han tendido a proliferar ciertas actitudes de desdén hacia la historia que se construye con base en el paciente trabajo de archivo y que no renuncia a describir las realidades que trata de explicar. Tal ingenuo desdén se apareja a menudo con una exaltación desmesurada de la instancia teórica o de la propuesta —simple propuesta en la mayoría de los casos, que no aplicación— metodológica. Resultado de esas actitudes, cuando se traducen en textos de historia, es el ensayismo teorizante, tan pocas veces esclarecedor y tan frecuentemente difusor de proposiciones inútiles.

Sería aberrante para un historiador negar o minimizar la importancia de la formulación teórica dentro del proceso de una investigación, como necio sería creer que es posible investigar sin método, ya que prescindir de éste es la manera más segura de perderse y no llegar a nada. Lo que señalo como infecundo no son, pues, las inquietudes teórico-metodológicas, que considero legítimas precisamente por ser inexcusables, sino la pretensión de explicar un proceso fáctico sin hacer a él más referencia que la puramente especulativa.

Ocurre a veces que el afán de conceptuar, de alcanzar un alto nivel de abstracción al tratar de la realidad supuestamente estudiada conduce de hecho a distanciarse tanto de ésta que se acaba por ignorarla para caer en un puro teoricismo huero y, por añadidura, pretencioso. “He allí la ciencia de la historia”, se dice. Lo demás, la información sobre los hechos concretos debe darse por ya conocida y basta, si se hace necesario aludir a ella, recogerla de las monografías o los manuales de tipo enciclopédico. Se supone que los datos están allí, en esas obras, establecidos para siempre, gracias a la labor de recopilación de los historiadores que se ocupan del artesanal quehacer de consultar archivos y bibliotecas para reconstruir “hechos”.

Hay, según esto, dos niveles básicos en la práctica historiográfica, cualitativamente diferenciados e independientes entre sí: el de la modesta indagación en fuentes primarias, útil aunque condenada a la insuficiencia explicativa, y el de la abstracción teórica, donde la historia adquiere el rango de ciencia, de conocimiento que se eleva muy por encima de las simples operaciones descriptivas. A la descripción se le tiene como una instancia no problemática de la



investigación, como irrelevante en sí misma y, por tanto, como prescindible para el efecto de formular una explicación científica. La índole necesariamente abstracta del conocimiento teórico se invoca así para justificar la omisión de la laboriosa tarea de establecer, con base en el estudio de las fuentes, las características particulares y concretas del proceso histórico objeto de estudio.

Yo no sé qué ocurra en otros campos de investigación, pero en el de la historia sólo es posible la aplicación de una teoría en y a partir de la descripción formal de un proceso. La teoría condiciona a la descripción misma, mientras que ésta provee a aquélla de un sustento empírico. Por eso, describir y explicar no pueden ser términos de una disyuntiva historiográfica sino que son enunciados, respectivamente, de un procedimiento y una función. La historia navega entre el humanismo y la ciencia; pero es claro que su posibilidad de ser un saber científico —bien que *sui generis*— no se cumple reduciéndola a una expresión teórica totalmente divorciada del referente histórico concreto.

Casi huelga decir que menos aún se consigue rigor en un estudio por la vía del mero artificio terminológico, de las palabras domingueras, de la desafortada prolijidad conceptual, de los nuevos vocablos que se acuñan tan sólo para sustituir el lenguaje común, fácilmente comprensible, y revestir el discurso de dignidad académica.

Hay quienes, asumiéndose como hacedores de una historia pretendidamente científica, introducen en sus escritos tal balumba de conceptos y nociones que lo que a menudo componen no son textos inteligibles de análisis histórico sino una serie de galimatías que sorprenden y confunden al lector, incluso a aquel más despierto y mejor intencionado. A mí me cuesta mucho trabajo entender —y confieso que hasta me da flojera intentarlo— párrafos como los siguientes, en los que no se sabe finalmente cuáles son los procesos específicos que se quiso explicar (perdóneseme lo extenso de la cita):

hemos postulado que la Colonia no tenía una sola y uniforme *estructura típica*, sino que era la síntesis dialéctica de diversas estructuras atípicas (intraestructuras) combinadas y conjugadas inarmónica y desigualmente dentro de un todo pluriparticular de esencia asiático-feudocolonial hasta mediados del siglo XVII. Dichas intraestructuras eran, por lo menos, [la] gentilico-tribal (subproducto *involucionado* del modo de producción asiático prehispánico); [la] esclavista (subproducto de la desestructuración de las masas indígenas y de la necesidad profunda de extracción minera y agropecuaria para el comercio mundial); y [la] semifeudal de las haciendas y de los centros urbanos gremio-artesanales.



Esta real desarticulación a nivel de las estructuras combinadas durante la Colonia, a pesar de que cada una de ellas mantenía una dinámica propia, estaban, sin embargo, intervencionalmente globalmente tanto estructural como superestructuralmente conformando una sola totalidad pluriparticular.

A nivel de la estructura podemos encontrar dos tipos básicos de eslabones de interdependencia: 1) la directa: con elementos de un modo de producción atípico subordinado a elementos de otro modo de producción atípico subordinador; 2) la indirecta: de circulación mercantil del modo de producción atípico subordinador a la circulación mercantil del o de los modos de producción atípicos subordinados.

[Gilberto Argüello, "La acumulación originaria en la Nueva España", *Historia y Sociedad*, núm. 2, 1974, p. 66.]

Frente a este tipo de análisis, tan críptico, casi cifrado, de tan pesada lectura, en el que es difícil adivinar dónde quedó la bolita del objeto de estudio, aquella historia que relata, que narra, que describe, parece, si no más cercana al ideal científico, menos desencaminada, justamente por ser más ilustrativa. Tiene además mayores posibilidades de ser amena, lo cual sería ya una ganancia para el lector decidido, el que sigue los textos hasta el final.

Pero cuidémonos de suponer que la forma del relato carece de la virtud de ser explicativa. Antes al contrario, la manera como relatamos algo constituye siempre un modo de explicarlo. Cuestión aparte es si se acierta o no en la explicación ofrecida, si ésta es o no plausible. Un relato puede ser por completo anodino, claro está; pero de eso no se sigue que sólo así se pueda relatar. El historiador ha de hacer siempre una narración intencionada y, para formarla, su trabajo previo tiene que ser no sólo técnicamente correcto sino también orientado por una continua actividad reflexiva. El relato que tiene por objeto la explicación histórica se construye precisamente para lograr ésta, de allí que ni su contenido ni su forma sean gratuitos.

Y allí está el quid del asunto: al relatar optamos por algo que decir y por un modo de decirlo, tratando en todo caso de que nuestro escrito sea capaz de dar a la vez cuenta y razón de lo "historiado". A cumplir la función explicativa contribuyen por igual la manera de construir el relato, el orden del mismo, las relaciones que se establecen entre unos hechos y otros, las consideraciones que se hacen sobre ellos, la selección de los datos, los aspectos del acontecer fáctico puestos de relieve, la conceptualización, en fin, que se hace para definir el objeto de la narración y que no tiene por qué ser oscurecedora ni tan ostensible que parezca que el relato



perderá su validez si no se hace particularmente notoria la presencia de elementos conceptuales.

¿Qué hace el historiador cuando se aplica a hacer una investigación y a dar cuenta de ella en un texto? Se enfrenta a sus fuentes, a la información “virgen”, no seleccionada, vasta en ocasiones, posiblemente contradictoria y siempre heterogénea. Se enfrenta a todo eso con una problemática de investigación en la cabeza, quizá pertrechado de una teoría, la que no siempre hará explícita en su escrito final, pero que, si la tuvo y la utilizó de un modo consecuente, presidió en todo momento sus lecturas y sus búsquedas. De acuerdo con un método de investigación procede a seleccionar la información pertinente y, luego, a organizarla, a valorarla, a integrarla para construir su propia versión de los procesos estudiados, versión que finalmente tratará de expresar por medio de la escritura y de apoyar mediante un aparato crítico.

Aun en el momento de escribir —momento ciertamente crucial de la investigación— el historiador tiene que decidirse por un orden para sus referencias, por una estructura para su discurso, por un modo de integración de los datos a exponer, por los momentos oportunos para manifestar ciertas ideas, por las que serán esas ideas, por las formas de expresarlas, por las frases que usará, por las palabras, por los giros idiomáticos, por los elementos de conexión, ya lógicos, ya puramente gramaticales. . . . Son tantas, tantas las opciones y tantas las decisiones que hay que tomar en el proceso de una investigación que no es posible que dos historiadores empeñados en estudiar un mismo tema elaboren, cada uno por su cuenta, escritos enteramente similares.

Pues bien: el discurso que resulta de aquel proceso de trabajo transcurrido en medio de tantas encrucijadas es finalmente una propuesta de explicación, aun cuando ese discurso aparezca como un relato simple, llano, sin excesivas complicaciones formales e hilvanado de acuerdo con un orden cronológico. La sencillez externa de un discurso no tiene por qué ser indicadora de ausencia de reflexión ni por qué suponer elementalidad en los procedimientos seguidos para alcanzarla.

Ignoro si *A la diestra mano de las Indias* llegará a convencer como explicación a sus posibles lectores. Lo que puedo asegurar es que procuré documentarme con la necesaria amplitud y construir un texto en el que la forma un tanto suelta no desvirtuara el tenor de los documentos ni riñera con el rigor del análisis. La ordenación cronológica de los sucesos referidos me pareció conveniente para mostrar no sólo las variaciones contingentes del proceso sino tam-



bién para hacer más comprensibles los cambios observables en el tiempo largo. Sé bien que el tema ha sido tratado por otros investigadores, así que no reclamo más originalidad que la que merezca mi versión de un asunto bien conocido.

Como historiador, he narrado para explicar. Pero si he de ser sincero diré que he querido también contar una aventura en la que participaron muchos hombres impulsados por móviles diversos e imbuidos de las más plurales y hasta encontradas ideas. Perseguí el tema de la mitificación de una tierra para dar cuenta de ciertas acciones humanas, que reconozco que pueden ser explicadas con referencia a otros muchos factores que yo no consideré expresamente. No quise hablar sino de lo que aquí trato, sabiendo, como suele repetir mi colega Roberto Moreno, que en cada libro de historia falta todo lo que no está contenido en él.

Quiero decir, para finalizar, que, pese al alegato que nutre este preámbulo, me satisfará lo suficiente y en verdad deseo que las páginas que siguen se puedan leer, se lean como una novela, de esas que simplemente nos emocionan, que nos conmueven de alguna forma, que, alejadas de lo conceptuoso, nos ayudan sin embargo a comprender algo más acerca de los hombres, acerca de la naturaleza humana. Recuerdo ahora mismo aquella felizmente atrevida frase de los hermanos Goncourt: “La historia es una novela que sucedió”.

Ciudad Universitaria, D. F.  
Octubre de 1984